
El Azufre en la Magia

José Fernández Bremón

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8289

Título: El Azufre en la Magia
Autor: José Fernández Bremón
Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 12 de julio de 2024
Fecha de modificación: 12 de julio de 2024

Edita textos.info

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Azufre en la Magia

Mientras vivió el sabio rey don Alonso, el de las Partidas, el judío Isaac fue tolerado y respetado por la justicia, aunque la voz del pueblo toledano le acusaba de entregarse al ejercicio de la magia; cargo que desmentían algunos canónigos, diciendo que no era sino un hombre muy perito y competente en los secretos de la Alquimia, riéndose de los que aseguraban haberle visto volar con alas de murciélago. Pero cuando murió el rey, su protector, los rumores crecieron y se agravaron, y los defensores del judío disminuyeron; pero nadie le molestaba, y los vecinos, recelosos y atemorizados, le saludaban con respeto, aunque hacían a la justicia en secreto comprometedoras confidencias.

Unos habían visto llamaradas y humo, a las altas horas de la noche, en el terrado de Isaac, y la figura de éste destacándose al fulgor de aquellos fuegos diabólicos; otros se quejaban del fuerte olor a azufre que salía a veces de la ventana del judío, y del humo que, extendiéndose por los edificios inmediatos, les había hecho creer más de una vez en un incendio. Y era positivo, por declaración de un droguero vecino, que Isaac adquiría cantidades de azufre tan crecidas, que no podían consumir más en el infierno. En fin, tantos datos y sospechas fue aglomerando la justicia, que ésta determinó hacer un registro por sorpresa en el laboratorio del judío. Un estampido alarmó una noche al vecindario, y cuando los habitantes de las casas próximas salieron a las ventanas para averiguar la causa del ruido, no vieron nada, ni oyeron voces ni señal alguna de espanto en la casa misteriosa, que estaba envuelta en humo, que se disipaba lentamente sin dejar rastro de llamas ni de fuego.

Todos hicieron la señal de la cruz, jurando que el humo sin fuego no era humo, sino una nube hecha descender por algún conjuro mágico. Aquel escándalo determinó la acción de la justicia.

Un juez y un escribano, acompañados de algunos sayones o alguaciles, acecharon la casa poco después del cubrefuegos, deteniendo al aprendiz en el momento en que salió a verter los desechos del barrido. Interrogando al muchacho, las sospechas tomaron gravedad: su amo le había prohibido entrar con luz en el taller, donde hacía experimentos, y le asustaba sin cesar ponderándole los peligros de la desobediencia.

—Tengo fuerza suficiente —le había dicho— para hacersaltar un buey hasta las nubes.

Los ministros de la justicia no escucharon más y penetraron en la casa guiados por el aprendiz; ¿qué ocurrió después? El que había quedado a la puerta se sintió impelido y derribado por una fuerza irresistible, mientras un trueno y un relámpago horrorosos iluminaron el cielo y espantaron la ciudad, sin dejar más rastro que una nube espesísima de humo y un olor que, para ser de naturaleza infernal, no era desagradable.

Cuando las gentes y soldados acudieron, no se determinaron a entrar en la casa, dentro de la cual se veía el cadáver del escribano carbonizado en la escalera: pidióse auxilio al clero, que, defendido por reliquias y conjuros, entró por fin, para presenciar un espectáculo lastimoso e incomprensible: toda la cubierta de la casa había volado, y sólo hallaron en el taller otros cuerpos ennegrecidos y estrellados en las paredes. El cadáver del juez fue recogido a gran distancia, y fue preciso desclavar otro cuerpo que estaba enganchado en una veleta: era el cuerpo del judío.

La justicia mandó quemar todos los cadáveres, exorcizar las cenizas, derribar la casa y sembrar de sal aquel solar

maldito. Los sabios de entonces no se explicaron el suceso.

Los ignorantes de hoy creemos que la justicia de aquel tiempo penetró sin precaución en uno de los primeros polvorines, retrasando la invención de la pólvora durante muchos años. Apoya esta opinión los ingredientes que usaba el judío en sus combinaciones: el carbón molido, el azufre y el salitre.

José Fernández Bremón



José Fernández Bremón (Gerona, 1839-Madrid, 1910) fue un escritor, periodista y dramaturgo español.

Huérfano de padre y madre desde muy niño, vivió en Madrid desde los tres años educado y criado por su tío José María, quien le inició en el mundillo literario. Emigró a Cuba y México, donde habría hecho fortuna por su laboriosidad y talento natural de no haber deseado ardientemente volver a

su patria; ya en ella fue colaborador de El Globo, El Bazar (1874-1875), Blanco y Negro (1891 -1892), El Liberal, El Diario del Pueblo y Nuevo Mundo; fue redactor de La España, que luego dirigió, así como de La Época y La Ilustración Española y Americana; en esta última publicaba una "Crónica general" a la semana comentando los sucesos de actualidad con sátira ligera e ingenio, pero siempre sin decir las cosas a las claras. Denunció, por ejemplo, el interés de las potencias occidentales en ocultar los desmanes y crueldades de Turquía en Bulgaria. Ironizó también la habitual treta de valorar más las apariencias que las esencias en poemas como "Dar liebre por gato" y otras veces descubrió plagios literarios. Otros poemas suyos fueron recogidos en El libro de la Caridad (1879), según Cossío.

Afiliado siempre al Partido Conservador, fue un periodista con gracia particular, oportuno en la anécdota y la broma. Su escepticismo aparente era más bien benevolencia tolerante. Asiduo de la tertulia de María de la Peña, baronesa de las Cortes, sostuvo con Leopoldo Alas "Clarín" una sonada polémica en 1879 que abarcó más de veinte años; Clarín le achacó la culpa de la estruendosa silba que acogió su drama Teresa y le llamó "el Himeto de la crítica en cuanto a dulzura"; por eso fue blanco predilecto de sus Paliques junto a autores como Peregrín García Cadena. Bremón correspondió atacándole cuando vino a dar una conferencia al Ateneo de Madrid en 1886 y en otras ocasiones. Sin embargo, habían sido amigos y ambos se apreciaban como escritores.

Sus Cuentos (1879) fueron muy apreciados y han sido recientemente reimpresos (Un crimen científico y otros cuentos, Madrid: Lengua de Trapo, 2008). En plena época del Realismo, le interesa la fantasía per se y presagia la literatura de ciencia-ficción o ficción científica no ocasionalmente, sino en dos de sus cuentos, "Un crimen científico" (1875) y "M. Dansant, médico aerópata" (1879), que son los mejores de este género en la España del XIX; el primero narra los experimentos de un médico para hacer ver a los ciegos, con marcado aire gótico; el segundo cuenta un

rentable timo. En otros imita lo mejor de Charles Dickens. Otras narraciones son Siete historias en una: cuento (Madrid: Imprenta y Estereotipia de El Liberal, 1885) y Gestas o El idioma de los monos (Coruña, 1883). Al teatro lleva un fino humorismo sentimental que no llega nunca a caer en la sensiblería, a pesar de que no llegó a tener éxito con su producción dramática, en la que destacan obras como Dos hijos, Lo que no ve la justicia, Pasión de viejo, El espantajo (1894), Pasión ciega, Los espíritus, El elixir de la vida y La estrella roja (1890). Jordi Jové encuadra su postura filosófica dentro del positivismo comtiano en boga en la época.